

Chascon

contra Taurán

LA FLECHA ENVENENADA



Chascon

Nº 3
Año 1



Revista infantil



Todos los animales se ponen a escuchar al conejito alegre que comenzó a cantar. Su canción es bonita. Dan ganas de bailar. El conejito baila y se hace así admirar.



Chascón contra Tarzán

(Folletín para los niños N.º 3)

Como no le dió resultado a Tarzán la treta de convertirse en dragón, se puso furioso y aulló de rabia. Juró vengarse del Mago Feo en cuanto se lo topara por algún camino. Pero ahora estaba perdido. Chascón, después de haberlo derrotado, se lo llevaba al país de los monos, para que allí se le juzgara como a un criminal.

Iba Chascón a grandes pasos, arrastrando a Tarzán sujeto por una cadena, cuando de repente sintió que le daban un puntapié tremendo en el costado. Se volvió Chascón, enfurecido, y alcanzó a ver que Tarzán saltaba sobre él como una fiera.

—Ahora te mataré, condenado — gritaba Tarzán.

Fué tan inesperado el ataque, que Chascón retrocedió unos pasos. Tarzán, decidido a vengarse, saltó sobre su enemigo y dándole un fuerte golpe con el puño cerrado, lo mismo que con un mazo, logró derribarlo. Chascón se sintió aturdido y

cerró los ojos, creyendo que había llegado su última hora.

—Te mataré, te mataré — aullaba Tarzán, lleno de cólera.

Chascón se dió cuenta de que corría un serio peligro. Si no se levantaba inmediatamente, Tarzán lo mataría, sin duda ninguna.

—Me levantaré — se dijo Chascón — y le daré una paliza más grande que todas las que ha recibido hasta ahora. Este fanfarrón ya me está aburriendo de veras.

Y sin demorarse más, dió un brinco y quedó de pie, frente a Tarzán que le miraba con ojos de tigre sediento de sangre.

—Luchemos cara a cara, como hombres, cobarde — le gritó Chascón. Tú me has asaltado a traición y te haré pagar muy caro ese atrevimiento.

—¡Já, já, já! rió Tarzán, con una risa tan estrepitosa que casi hizo caer el cielo sobre sus cabezas.

Chascón, molesto con esta risa petulante y ridícula, dió un paso hacia Tarzán, apretados los puños y resuelto a morderle las cestillas a golpes. Tarzán dió un salto atrás y se puso en guardia.

—¡Atrévete, Chascón, atrévete ahora! — le gritó, seguro de obtener la victoria.

Chascón. ¡claro está!, se atrevió. De un par de brinco, iguales a los que dan los cabritos en los cerros, se encontró al lado de Tarzán y lo tomó por la cintura. Tarzán forcejeó con furia. No quería ser derrotado. Su mayor ansia consistía en echar al suelo a Chascón, para darle de puntapiés en la cara y en el cuerpo, hasta dejarlo sin vida.

Pero Chascón era más fuerte que un boxeador negro. Tenía unos brazos capaces de estrangular a un elefante. De manera que no tardó en levantar a Tarzán por el aire, para en seguida dejarlo caer al suelo como si fuera un saco. Llegó a sonar Tarzán al caer en tierra.

—¡Ay, que me quiebras todos los huesos, abusador! — se quejó Tarzán.

Entonces Chascón se echó a reír con una alegría de niño.

—¡Já, já, já! ¡Vaya con el hombrecito este! ¡Já, já, já...!

Tarzán, todo molido por el golpe, no se podía mover. Le dolían las costillas como si le hubiera pisado un rinoceronte.

—Levántate, Tarzán, no te quedes ahí quejándote como una mujercilla — le dijo Chascón.

—No puedo moverme. Me duele todo el cuerpo.

Tarzán, haciendo un enorme esfuerzo, temeroso de que Chascón le diera otra paliza más fenomenal todavía, se levantó, encorvado de dolor, como un viejo achacoso.

Entonces Chascón volvió a amarrarlo sólidamente con la cadena que había llevado al valle y siguió caminando con su prisionero.

De repente, Chascón, de puro contento, se puso a cantar:

He derrotado a Tarzán,
que es un tonto fanfarrón...
Los monos me aclamarán:
¡Viva nuestro rey Chascón!...

Tarzán quiso quedarse sordo para no oír el canto; pero Chascón tenía una voz tan potente que se le oía hasta el otro lado del mundo...

De esta manera llegaron al país de los monos...

VEA EN LAS PAGINAS CENTRALES LO QUE
SUCEDIO DESPUES. ES ALGO DIGNO DE
SABERSE...

Las tres cajitas y el nudo ciego

Tres príncipes adolescentes, bellos y buenos, alegraban el palacio del poderoso rey Ulrico. Y, sin embargo, siempre que el monarca fijaba en ellos la mirada, lo hacía con angustiada preocupación. Un dilema terrible lo conturbaba. Sus hijos eran gemelos, y por consiguiente, a los tres les correspondía reinar. Pero las leyes del país exigían que el reinado se ejerciera por una sola persona. Y como los tres príncipes se mostraban afectuosos, inteligentes y aplicados a sus deberes, el rey no sabía a cuál de ellos dar preferencia.

Esa era la angustiada preocupación del monarca. Y esa era, también, la razón por la que había reunido a sus seis consejeros a fin de que éstos lo sacaran del apuro.

Los consejeros se rascaron la coronilla, meditaron largamente, y quedaron más perplejos que el rey.

El conde Tebramundo, a quien por viejo y por sabio se le permitía asistir a las reuniones donde se deliberaba sobre asuntos trascendentales, sonreía plácidamente sin dar muestras de la perplejidad de los consejeros.

—¿Qué piensas tú, Tebramundo? — preguntó el rey.

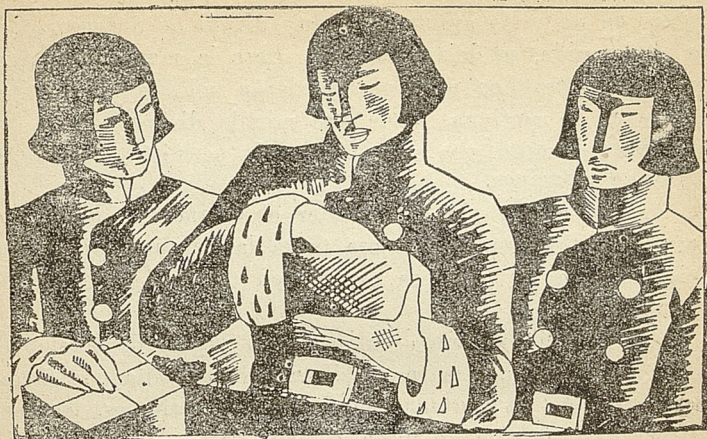
—Yo creo—respondió—que a Vuestra Majestad le será fácil salir de dudas si somete a los príncipes a una pequeña prueba.

—¿Qué prueba es esa?

—La prueba del nudo.

—¿Del nudo?...

Los consejeros se miraron unos a otros, algo escandalizados.



Los tres hermanos miraron sus cajitas.

—Sí, señor... la prueba del nudo. Es muy sencilla. Pero es menester que sólo Vuestra Majestad sepa en qué consiste.

—¿Es un secreto?

—Debe serlo.

Los consejeros comprendieron que estaban demás. Hicieron ante el rey una aparatosa reverencia y se marcharon.

Cuando el conde Tebramundo quedó a solas con el soberano, se acercó a él y, en voz queda, le dijo:

—Señor, la prueba del nudo es infalible.

—Explicáte, Tebrabundo...

—Con mucho gusto. Ante todo es necesario que los príncipes ignoren que se les somete a una experiencia. Por eso, para evitar indiscreciones, he querido que sólo vos y yo sepamos en qué consistirá la prueba.

—Bien. Escucho.

—Sobre una mesa se colocarán tres cajas iguales y atra-yentes por su aspecto, atadas con un cordel ordinario que re-

matará en un nudo apretado y muy difícil de deshacer. Como al descuido, se dejará también sobre la mesa un instrumento cortante. Los príncipes quedarán solos en la habitación, y en la contigua, desde una mirilla disimulada en las molduras del muro, vos y yo—si me lo permitís—observaremos a los príncipes.

Asintió el rey sin comprender el alcance de lo que le proponía Tebramundo. Mas era tanta la fe que tenía en su sapiencia, que las cosas se prepararon tal cual las propuso el conde.

Encima de una mesa cubierta con tapete de terciopelo rojo e iluminada por la luz jubilosa del mediodía que llegaba a través de un ventanal despejado de cortinajes, tres cajas forradas con tisú de plata y colocadas a corta distancia una de otra afirmaban sus tapas con un resistente cordel azul. Un puñalito, cuyo mango cincelado por un orifice artista era una joya de orfebrería, brillaba sobre la mesa, cual si se hubiera dejado allí por descuido.

Entraron en la estancia los príncipes, seguidos de Tebramundo.

—El rey ha querido obsequiaros con los objetos que hallaréis en estas cajas—les dijo el conde—. Podéis elegir la que gustéis. Sólo os pide vuestro padre que no pronunciéis palabra alguna mientras permanezcáis aquí.

—Obedecer al rey es para nosotros un placer—repuso uno de los príncipes.

Los otros dos asintieron con una gentil sonrisa. Y el conde, siempre ceremonioso, se inclinó con reverencia y salió de la habitación.

Con vivo interés los príncipes miraron las cajas. Y como éstas eran exactamente iguales, cada cual escogió la que tenía más próxima. Los tres, a un tiempo, atacaron al nudo que las cerraba para deshacerlo.

Adalberto, el de la cabellera rubia y el ademán pausa-

do, se aplicó pacientemente a desenredar el nudo que, porfiado, resistía a su cuidadoso empeño.

Valdemar, el pelinegro de cutis marfilino y pupilas sombrías, atacó resueltamente al nudo con dedos impacientes. Mas, al ver que resistía, estiró cuanto pudo el cordón como para romperlo, con lo cual sólo consiguió apretar más el nudo.

Etsel, el de cabellera castaña y ojos ambarinos en los que parecían arder fulgores dorados, con diestros dedos intentó desenredar el nudo. Y como éste resistiera también, echó una rápida mirada a su alrededor, divisó sobre la mesa el precioso puñalito, lo cogió resueltamente, cortó el nudo, y abrió la caja.

En tanto, Adalberto, sin preocuparse de lo que hacían sus hermanos, se empeñaba en deshacer el nudo de su caja. Y Valdemar lo miraba a intervalos procurando imitarlo; pero, más impaciente, volvía a estirar con fuerza el cordel o se distraía en mirar a Etsel, quien, muy satisfecho, hacía ya rato que estaba en posesión de los bellos objetos que encerraba la caja y leía con regocijo las páginas de un libro que encontró en ella.

Valdemar quiso imitar a Etsel. Se apoderó del puñalito, pero no se resolvió a usarlo. Intentó de nuevo desenredar el nudo con sus uñas pulidas hasta que, por último, optó por cortar el cordel. Abrió la caja. Esta contenía objetos idénticos a los que Etsel halló en la suya.

Adalberto, sin impacientarse, seguía y seguía en su tesonero empeño de deshacer el nudo rebelde...

Tebramundo el sabio entró en la habitación. Y dijo:

—Altezas: Su Majestad la reina os espera para ir de paseo al bosque.

Los tres príncipes, corteses y obedientes, suspendieron su tarea. Adalberto dejó en paz el nudo y sostuvo en sus manos, como una ofrenda, la caja cerrada. Valdemar apenas

tuvo tiempo de mirar lo que la suya contenía. Y Etzel, que lucía prendido en su jubón de terciopelo negro un joyel de rubies hallado entre los obsequios, señaló la página que leía tan gustosamente y, cual si fuesen trofeos, se llevó con gallardo ademán el libro y la caja.

*
* * *

En la sala de las deliberaciones privadas, el rey Ulrico, frente a sus seis consejeros, tenía a su vera al conde Tebramundo.

Muy resuelto, y despejada de sombras la mirada, habló así:

—Amigos míos, han desaparecido mis vacilaciones, gracias al sabio Tebramundo.

Y con la palabra fácil y colorida contó en qué había consistido “la prueba del nudo” y cómo se habían desempeñado durante ella los príncipes.

—Mi elección está hecha—continuó—. El reino será para el príncipe Etzel. No obstante, deseo conocer vuestra opinión. ¡Hablad!

—Creo—dijo uno de los consejeros—que el príncipe Adalberto ha demostrado virtudes de gobernante. Persevera con ánimo sereno en deshacer las dificultades que se le oponen. Es mesurado y paciente.

Dos de los consejeros aprobaron con amplios ademanes esta opinión.

—Es verdad...—replicó el rey—, pero paciencia que no conduce al éxito es empecinamiento inútil. El príncipe Adalberto gastó tiempo y esfuerzo en cosa insignificante.



El rey Ulrico estaba meditando. ¿A quién le cedería el trono?

—Me parece—dijo otro de los consejeros—que el príncipe Valdemar demostró gran prudencia, virtud preciosa para un rey. Al principio ensayó sus propios recursos; después observó a sus hermanos y escogió el procedimiento que creyó mejor, basado en la experiencia de los demás. Virtud apreciable es no desestimar el ejemplo ajeno.

Los otros dos consejeros asintieron.

—Verdad es—repuso el rey—, pero el príncipe Valdemar demostró escasez de recursos propios para triunfar. La experiencia ajena es experiencia a medias... Y tú, Tebramundo, ¿qué opinas?

—Que Vuestra Majestad eligió bien. El príncipe Etzel no perdió el tiempo en cosa de poca monta. Fué ejecutivo y certero. Sin dañar a otros tuvo éxito y gustó de él. Pero...

—¿Qué?...—preguntó ansioso el rey.

—Corre el peligro de ser un soberano impetuoso, petulante, prepotente y, como tal, injusto.

—¿A quién debo confiar la tarea de enseñar a mis hijos a defenderse de sí mismos?

—A un educador de ley. A un hombre que tenga conciencia recta, amor a la juventud para que sepa comprenderla y guiarla, y patriotismo para no defraudar al país en la fuerza noble y viva que le confía.

El rey llegóse a Tebramundo y puso sus manos en las del sabio en prenda de confianza.

—A tu custodia—dijo—entrego la prosperidad de mi reino, fiada en la educación de mis hijos.

Emocionado, Tebramundo respondió:

—Yo haré de Etzel un rey resuelto, generoso y justiciero; de Valdemar un administrador que secunde a su hermano, y de Adalberto un sabio investigador que dé lustre a los anales del reino.



Y esto aclara lo que casi nadie podía explicarse en la corte del rey Ulrico: por qué de un día a otro el monarca echó a rodar preocupaciones, y por qué hizo grabar un nudo como símbolo en el sello de su sortija real.

La sabiduría de su consejero Tebramundo dejó contentísimo al rey Ulrico. ¡Al fin tenía un buen sucesor para el trono!

—Eres un viejo impagable — le dijo el rey a su consejero. Pídemelo que quieras y te lo regalaré. Estoy enormemente satisfecho de tí.

Tebramundo se rascó la oreja y dijo con voz muy suave:

—Majestad, ya que eres tan bondadoso que quieres regalarme algo, dame un par de anteojos con los cuales se pueda ver hasta el último rinconcito de la luna. Yo soy muy aficionado a esas cosas.

El rey Ulrico rió a carcajadas y mandó llamar a su ministro de hacienda. Inmediatamente le dió orden de que se encargara a los países del otro lado del mar un par de anteojos para Tebramundo. Al cabo de seis meses llegaron los anteojos y Tebramundo se sintió más feliz que un chiquillo. mirando, todas las noches, durante horas y horas, el paseo de la luna por entre las nubes.

—Esto es delicioso — decía Tebramundo —. No hay nada más encantador que esto.

Y se sobaba las manos, sonreía, volvía a sobarse las manos y a sonreír.

Así fué pasando el tiempo. Un día, el rey Ulrico cayó

gravemente enfermo y llamo a Tebramundo para decirle con voz apagada:

--Amigo mío, quiero que, a mi muerte, se haga todo aquello que decidimos hace tiempo, cuando compramos las tres cajitas para probar a mis hijos.

Tebramundo le prometió al rey que todo se haría según su voluntad. Entonces Ulrico murió tranquilo, sin una queja.

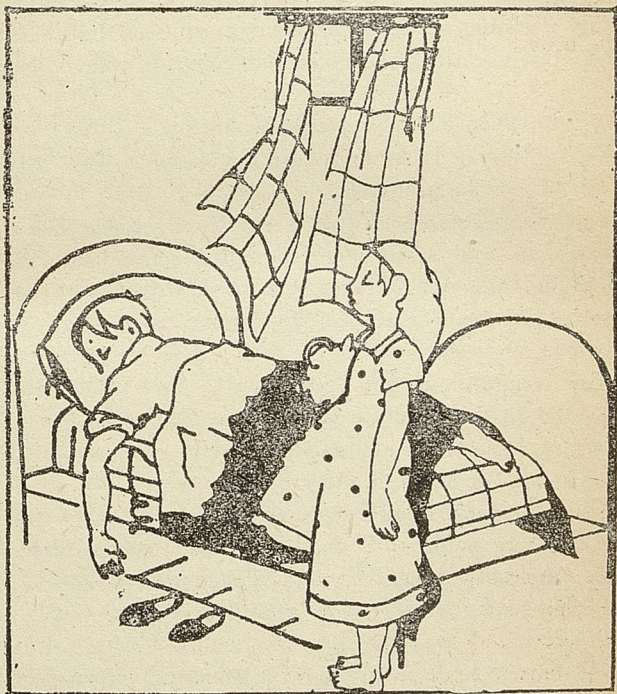
A los pocos días, el príncipe Etzel fué coronado rey. Para celebrar este acontecimiento, hubo fiestas magníficas en el reino. Desde el palacio real hasta la última casita de los pobres, la alegría hizo de las suyas, es decir, puso en todas las caras una sonrisa y en todas las bocas una canción.

Etzel fué un rey excelente. Administró justicia con un corazón lleno de firmeza y de benevolencia. Los países vecinos le admiraron.

Su hermano Valdemar fué su primer ministro. Hombre estudioso, paciente, supo hacerse querer de todo el mundo. En cuanto al príncipe Adalberto, heredó de Tebramundo, que murió poco después del rey, los famosos y estupendos anteojos que permitían ver hasta el fondo de la luna. Y como Adalberto era sabio, aprendió muchas cosas que hicieron más próspero al reino. Aprendió, desde luego, las distancias que había entre su país y la luna. De esta manera, pues, no hubo posibilidad ninguna de que chocaran algún día.

Y todos fueron muy felices, gracias a la astucia de Tebramundo. En agradecimiento, Etzel hizo levantarle una estatua en la ciudad principal del reino. A veces, en la primavera, los pajaritos iban a cantar sobre la estatua. Y Tebramundo parecía sonreír con su rostro de piedra.

El niño que no soñaba



Casi no estaba dormido del todo cuando llegó Ritina

Juanito era un niño que no sabía soñar. Se le había olvidado.

Cuando se acostaba era tan tarde, que estaba rendido de jugar, y se dormía profundamente, sin pasar por el camino que lleva al país de los sueños.

En la escuela oía contar a los chicos lo que habían soñado.

—Yo anoche soñé que era aviador y cogía las estrellas como si fueran mariposas.

—Pues yo estaba en el país de los elefantes, y compré uno todo blanco, que llevaba una torre llena de monos...

Sólo Juanito no contaba nada, porque no había soñado.

Un día encontró, al volver del colegio, a la chica de la portera.

—¿Tú sueñas? — preguntó Juanito.

Y la chica se lo hizo repetir dos veces. ¡Tan extraordinaria le parecía la pregunta!

—¿Qué si sueño? ¡Ya lo creo! Sueño todas las noches, y además sé que sueño cuando estoy soñando... El otro día soñé que me querían coger unos ladrones pero como yo sabía que soñaba, les dije: "Espérense ustedes un poquito, que vuelvo en seguida", y me volví a mi cama, y allí se quedaron esperándome en vano.

—¡Me alegro! — dijo Juanito, entusiasmado—. ¿Quieres venir a buscarme esta noche, cuando estés soñando?

—Bueno... A mí igual me da.

Aquella noche sí que se acostó pronto Juanito, con gran sorpresa de su madre. Y tardó un rato en dormirse, como que casi no estaba dormido del todo cuando llegó Ritina.

—¿Vamos?

—Vamos.

Se fueron de la mano por la pendiente asfaltada y escurridiza, hasta llegar a la gran puerta oscura. Ritina llamó en silencio, y la puerta giró sin ruido sobre sus goznes. En cuanto entraron, volvió a cerrarse silenciosamente.

Juanito iba a decir a Ritina que ya sabía por qué no soñaba nunca. Era que había olvidado aquel camino y en lugar de bajar, subía, perdiéndose en rincones desconocidos y oscuros... Y, sin embargo, este camino era el más fácil...

Siempre de la mano, llegaron a una casa grande y colorada. Entraron, y Juanito encontró una cuerda que colgaba del techo y que era para hacer sonar las campanas...

Por más que tiró no consiguió que sonaran... Luego resultó que era la cuerda de un volantín, y este volantín era la luna, que estaba muy alta... Y Juanito se había atado la cuerda al brazo... ¡Lo que volaba la Luna!

Como que le arrastró al campo y le levantó del suelo, tirando de él..., y fué subiendo, subiendo...

—¡Ritina! ¡Ritina! — quiso gritar—. ¿Tienes tijeras?

Verdaderamente no le salía la voz... En la garganta se le había atascado algo...

—¡Ritina! ¡Ritina! — volvió a gritar, haciendo un ruido sordo, que no se oía.

Después de mucho tiempo, cuando Juanito volaba arrastrado por la Luna, y el raso azul del cielo le iba rozando en la cabeza, vió las tijeras al alcance de su mano y pudo cortar la cuerda... “¡Raaaassss!”. Y sin querer, rasgó también el raso del cielo, que se separó como si le abrieran con un cuchillo...

¡Qué susto! Menos mal que allí estaba Ritina para remediarlo todo. Sacó del bolsillo del delantal aguja, hilo y tijeras, y se sentó en la pradera a coser el desgarrón.

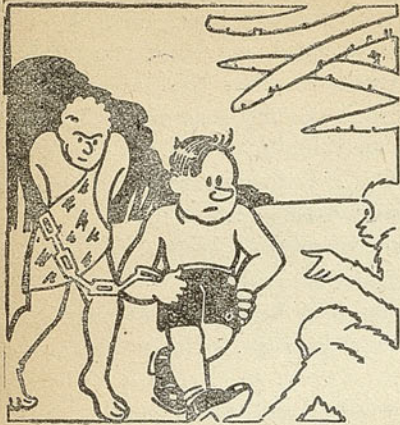
Después comenzó a llover. Estaba tan obscuro que casi no veían, y corrían de la mano, saltando los charcos de agua sucia y negra, llenos de sapitos.

Justamente entonces vió a sus amigos del colegio, que jugaban al fútbol y le llamaban... De pronto se acordó de que estaba soñando, y decidió irse sin que le vieran...

Se fué... Volvió a su camita y ya era hora de levantarse.

Al pasar por la portería para ir al colegio vió a Ritina que se reía y le miraba... Y Juanito se rió también.

Luego contó a los chicos lo que había soñado.



1.—Tarzán, encadenado por Chascón, llegó de nuevo al país de los monos. Chascón llamó a sus capitanes y les entregó al prisionero.

2.—Los monos celebraron con danzas y cantos el triunfo de Chascón.—“¡Ahora sí que tenemos un rey valiente!” — decían los monos. ¡Viva Chascón!



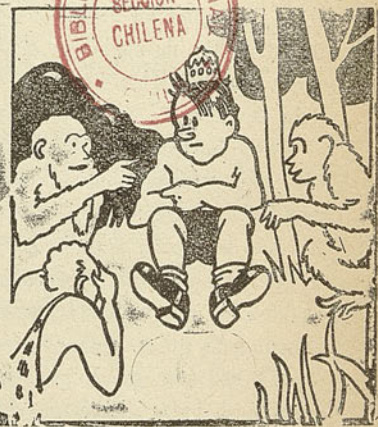
3.—Mientras tanto, Tarzán fué encadenado a un árbol, para ser juzgado al otro día. Quedó de centinela un mono armado con un arco y unas flechas envenenadas.

4.—Pero al mono le dió sueño de repente y se quedó dormido. Tarzán rompió entonces sus cadenas, y, después de matar al mono que lo cuidaba, le robó sus armas.



5.—Sin que nadie lo viera, Tarzán llegó hasta la pieza en que Chascón se encontraba durmiendo. Preparó su arco y disparó su flecha...

6.—Pero no tuvo suerte, pues en ese momento iba entrando un mono a la pieza de Chascón. La flecha se clavó en el pecho del mono, que dió un gran grito...



7.—Inmediatamente despertó Chascón y vió lo que sucedía. Sin pérdida de tiempo, saltó de la cama y le dió un puñetazo a Tarzán, tirándolo de espaldas.

8.—Tarzán fué llevado ante un Consejo de Guerra, presidido por Chascón. El más viejo de los monos habló así:—“Te condenamos, Tarzán, a morir atravesado por una flecha envenenada”...

¿Morirá Tarzán? En nuestro próximo número contaremos lo que sucedió ..

El Oso bajo la lluvia

Luisita jugaba en el jardín con su osito, cuando la llamó su institutriz para ordenarle que acudiese inmediatamente. La niña entró en la casa, olvidándose del osito, que quedó sobre la hierba, a pesar de que eso no le gustaba.

Aquella tarde cayó un diluvio, de modo que el pobre osito se quedó todo mojado. Empezó a estornudar y dos duendes, que andaban por allí cerca, lo oyeron.

—¡Pobrecillo! — exclamaron—. Vas a coger un resfriado, con un tiempo tan húmedo. Ven con nosotros al interior de nuestro árbol y te calentarás.

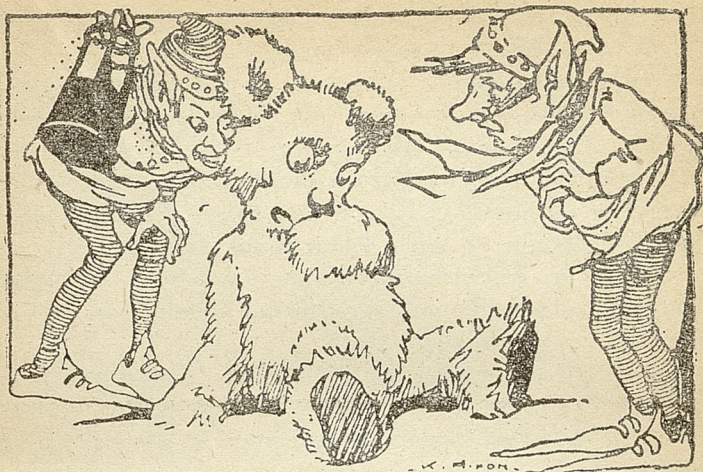
Lleváronlo a su vivienda, situada en el interior de un roble, y lo pusieron delante de la pequeña estufa de petróleo que allí había, de modo que el osito cesó de estornudar y empezó a secarse. Mientras tanto, Luisita se había acostado ya y, de pronto, se despertó recordando a su osito.

—Lo he dejado en el jardín — pensó—. ¡Pobrecito! — Ha llovido mucho, de modo que sin duda está mojado y tiene frío. Voy a buscarlo.

Era una niña muy buena y aunque le constaba que, a su vez, podría resfriarse al salir al aire libre, aquella noche tan húmeda, no vaciló un instante. Sin embargo, se puso sus zapatillas de goma y un abrigo de lana y salió.

Ya sabemos que el osito no estaba allí. La pobre niña lo buscó en todas direcciones, pero no pudo encontrarlo. Los dos duendes oyeron que alguien pasaba por delante de su puerta y en el acto acudieron para ver quién era.

—Es la niña que dejó abandonado al osito — se dijeron en voz baja—. Vamos a apoderarnos de ella y la llevaremos



— ¡Pobrecillo! — exclamaron —. Vas a coger un resfriado con un tiempo tan húmedo

ante nuestro Rey, que la castigaría por haber tratado mal a sus juguetes.

Así, antes de que Luisita se diera cuenta de lo que sucedía, sintió que alguien le sujetaba los brazos a la espalda y pronto se vió obligada a seguir una dirección determinada, porque la empujaban los dos duendes.

— ¡Soltadme! — exclamó ella —. No tenéis ningún derecho a obligarme a que os acompañe.

— Te llevamos a presencia del Rey de los Duendes, para decirle que has maltratado a tus juguetes — contestó severamente uno de aquellos hombrecillos.

— ¡No es verdad! — gritó Luisita.

— Sí. Es cierto — contestaron ellos, mientras la obligaban a atravesar una puertecilla alumbrada por una luz amarilla. Llamaron siete veces antes de que se abriese y,

luego otro duende los condujo a una sala en donde estaba el Rey, sentado en un trono de oro y plata.

—Os hemos traído, Majestad, a una niña que no se muestra bondadosa con sus juguetes — dijeron los dos duendes.

—¡Caramba! Ya empiezo a estar cansado de esos niños tan malos — contestó el Rey, impaciente.— ¡Cuántos son los niños y niñas que no saben tratar a sus juguetes!

—Yo soy muy bondadosa para con ellos — dijo Luisita, indignada—. Es muy injusto que digáis esas cosas de mí.

—Pero esos duendes no te habrían traído de no estar convencidos de que tienen razón—contestó el Rey—. ¿Por qué causa la habéis traído? — preguntó a los dos que aún sujetaban a la niña.

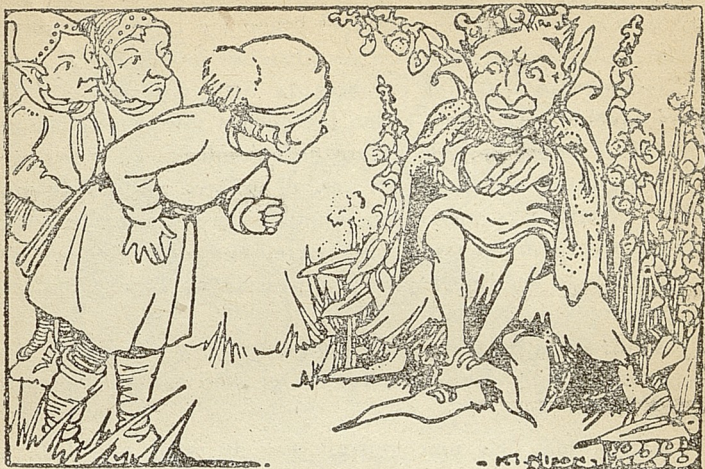
—Con permiso de Vuestra Majestad: esta niña dejó a su osito en la hierba y esta tarde ha llovido mucho. El pobre se puso hecho una lástima y ahora tiene un resfriado muy fuerte — dijo uno de los duendes, en tanto que el Rey fruncía el ceño.

—Ya sé que, en efecto, me olvidé de llevarme el osito — contestó Luisita—. Pero eso es la primera vez que me ocurre y no lo hice con intención. Al despertarme, en plena noche, me acordé del pobrecillo y salí de la cama para ver si lo encontraba. Esto demuestra que tengo cariño a mi osito, ¿verdad?

—Por lo menos, parece que no eres muy mala — observó el Rey—. ¿Puedes presentar testigos que hablen en tu favor?

—Solamente mis juguetes — contestó la niña—. Si ellos pudiesen hablar, os dirían que soy con ellos tan buena como es posible...

—Inmediatamente, id en busca de los juguetes de esta niña — ordenó el Rey.



—Soy muy buena con mis juguetes—dijo Luisita indignada

Con gran sorpresa de Luisita, un duende se alejó corriendo y cosa de diez minutos más tarde regresó llevando consigo todos su juguetes. ¡Qué asombrada se quedó Luisita al ver como andaban sus muñecos, y su conejito, eso sin contar con que el elefante se adelantó también, llevando solemnemente en su lomo a unos soldaditos de plomo.

Todos ellos se quedaron mirando al Rey y luego vieron a Luisita. Profiriendo grandes gritos de alegría, se acercaron a ella, corriendo y charlando; pero los duendes los hicieron retroceder, obligándoles a alinearse a lo largo de la pared.

—Juguetes — dijo el Rey — esta niña, que es vuestra amita, ha sido traída a mi presencia, porque, según dicen estos dos duendes, os tratan mal. ¿Qué tenéis que decir a eso?

—Majestad — exclamó la mayor de las muñecas, dan-

do uno o dos pasos hacia el trono—, Luisita es una niña muy buena. Cuando me rompí el brazo me llevó al hospital de las muñecas y ordenó que me pusieran uno nuevo.

—Majestad — dijo entonces la otra muñeca—. Yo quiero mucho a Luisita. Todas las noches me acuesta en mi cama y me rodea de toda suerte de cuidados.

—Majestad — dijo, a su vez, el muñeco vestido de marinero—, Luisita es una buena niña. Yo soy un muñeco marinero, pero como no tenía ninguna embarcación ella se gastó un día todo su dinero para comprarme un bote. Creo que eso demuestra su bondad.

Al oír estas palabras aplaudieron todos, y el muñeco marinero se sonrojó. Entonces avanzó el otro muñeco sonriendo.

—Majestad. Es una tontería eso de creer que Luisita no nos trata bien. Fijaos en mi cabello negro. En cuanto empezó a clarear, Luisita me lo hizo poner nuevo. ¿Acaso esto no es un acto de bondad?

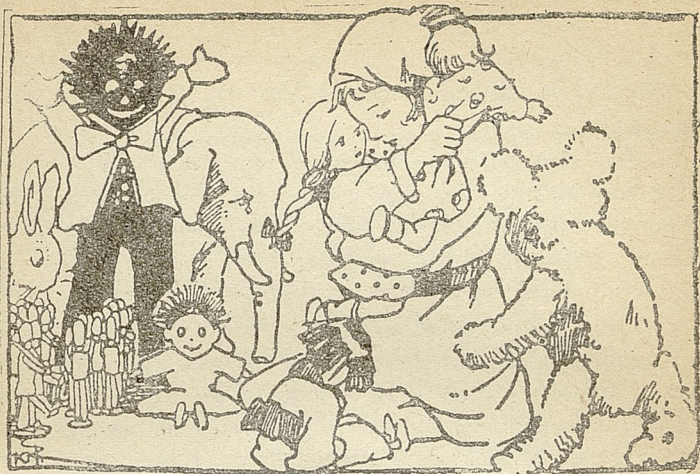
—Pues yo, Majestad — dijo a su vez el conejito — también quiero declarar en favor de Luisita. Un día me agujereé mi piel azul y empezó a salir por allí el aserrín que tengo en el cuerpo. Pues esa niña me volvió a coser con el mayor cuidado. ¡Oh, es muy buena!

Hubo otro aplauso general y, entonces, el elefante avanzó diciendo:

—Luisita me monta a veces, pero nunca permite que monten dos personas al mismo tiempo. Y ya sabéis bien que la mayor parte de los niños montan en sus juguetes hasta destrozarlos. Por lo tanto, Luisita es una buena niña.

Los soldados de plomo dieron su conformidad, poniendo de manifiesto que entre todos no había ninguno que tuviese una pierna o un brazo rotos.

—Bueno, bueno — dijo, al fin, el Rey, muy sorprendi-



— Es muy agradable ver cuanto me quieren mis juguetes — dijo Luisita

do—. Resulta que esta Luisita es una niña excepcionalmente bondadosa. ¿Dónde está el osito que fué abandonado a la intemperie?

El osito entró en aquel instante, pues se había enterado de lo que ocurría.

—Oídme, Majestad — dijo al entrar—. Fué una casualidad que Luisita me olvidase en el jardín, y me dejara expuesto a la lluvia. Cuando se acordó, a pesar de que era de noche, salió a recogerme. Por lo tanto, aseguro, a mi vez, que es una niña muy buena y yo la quiero mucho.

Echó a correr hacia la niña y le abrazó una pierna, porque no podía alcanzar su cuerpo. Los demás juguetes la rodearon también y Luisita se alegró tanto, que estuvo a punto de llorar.

—Esta niña puede volverse a su casa — dijo el Rey—.

No había ningún motivo para traerla aquí. Vosotros, duendes, presentadle vuestras excusas.

Así lo hicieron los duendes, muy avergonzados, y al fin, la niña los tranquilizó, asegurándoles que la cosa no tenía importancia.

—Por otra parte — añadió — me ha gustado mucho poder convencerme de lo que me quieren mis juguetes. Ahora, amigos míos, vámonos a casa a acostarnos, porque, si no, mañana tendremos mucho sueño.

Así lo hicieron y fueron muy felices.

¿Y qué niñita no se sentiría contenta, tan contenta como Luisita, al reparar en el cariño sincero de sus juguetes?... Es una alegría muy grande la que viene al corazón cuando, en cualquiera edad de la vida, uno se da cuenta de que ha hecho el bien y ha merecido, en cambio, un poco de amor.

Luisita pudo apreciar muy bien esta verdad y por eso, desde aquel día, tuvo para sus juguetes el mayor de los cuidados. El pobre osito que se había quedado bajo la lluvia, estornudando, tuvo desde entonces una casita de madera con una camita de felpa, en la que se quedaba dormido largas horas.

—Me siento muy feliz — decía el osito a todos los que querían escucharle —. Luisita es conmigo muy cariñosa.

Los demás juguetes también podían decir lo mismo. Luisita se preocupó de todos ellos y todas las noches, antes de acostarse, iba a decirles que durmieran tranquilos, porque ella no los olvidaba.

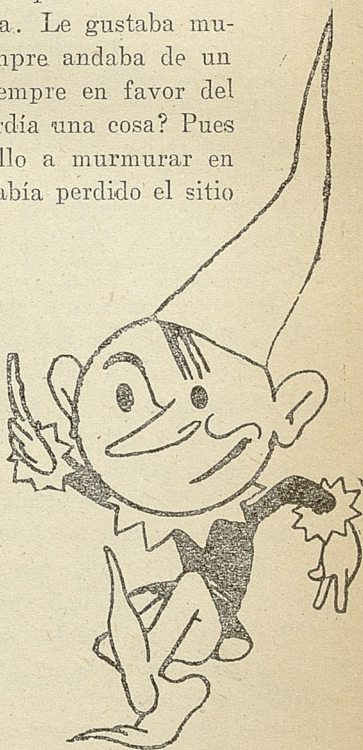
De esta manera, cuando Luisita llegó a ser una niña grande, supo tratar bien a todo el mundo y rodearse de gentes que la quisieron muchísimo. Sus amigos decían:

—Luisita es como un hada. A todo el mundo hace feliz con su presencia.

El duendecillo que lo sabía todo

Había una vez un duendecillo que lo sabía todo: ni la ciencia tenía secretos para él ni la tierra escondió que no conociera. Le gustaba mucho hacer buenas obras y siempre andaba de un lado para otro, moviéndose siempre en favor del que lo necesitaba. ¿Que se perdía una cosa? Pues allí iba corriendo el duendecillo a murmurar en el oído de la persona que la había perdido el sitio en que la podía encontrar... Y así, siempre cariñoso y siempre incansable, iba, venía, volvía a ir... y no paraba un segundo.

Pero llegó una vez en que el duendecillo se cansó de su constante corretear, y como era en verano precisamente, decidió tomarse unas vacaciones y descansar en algún rincón de poco bullicio, en el que al mismo tiempo pudiera divertirse un poco. Se marchó, pues, a Fuenteclara, un lindo y tranquilo pueblo, y se instaló en el oído de Bartolín, porque sabía que era un niño muy sucio, que no se lavaba nunca las orejas y que, por tanto, no le molestaría para nada.



—¡Hola, Bartolin! — le dijo.

—¿Quién eres y qué haces ahí en mi oreja?

—Soy el duende que todo lo sabe y estoy en tu oreja porque he venido a descansar.

—Hombre, pues sí que has escogido un sitio...

—El que me convenía, y si tú quieres, vamos a divertirnos mucho.

—¡Claro que quiero! ¿Qué hay que hacer?

—Tú, todo lo que yo te diga sin preocuparte de nada..

—Hecho; ¿nos divertiremos?

—Nos divertiremos, pero con una condición.

—Díla.

—Que no te has de lavar las orejas en todo el verano.

—¡Vaya una cosa! Como si quieres que no me las lave tampoco en todo el invierno.

—Pues trato hecho.

—Trato hecho.

Y Bartolin comenzó a hacer todo lo que el duendecillo le soplabá al oído, y se reían..., se reían...

—¿Sabe usted la tabla de multiplicar? — le preguntó un día el maestro.

—No, señor; pero sé con qué se tiñe usted las canas: es un producto nuevo que...

—¿Yo...? ¿Yo me tiño las canas? Ahora mismo va usted castigado al cuarto obscuro.

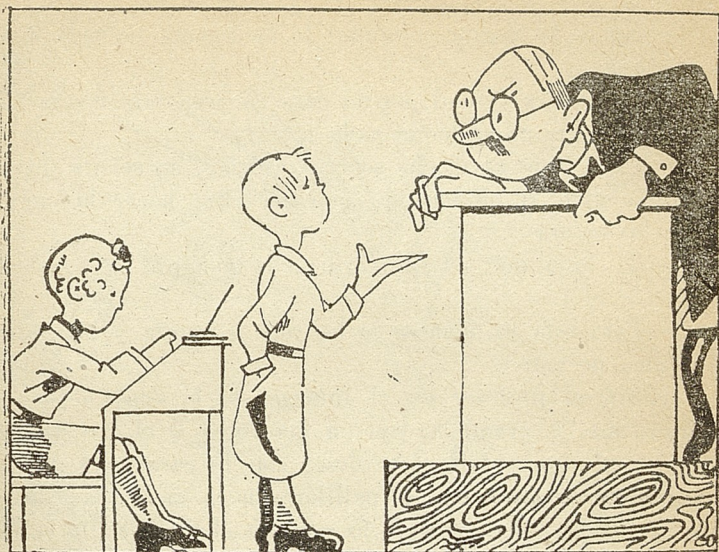
—¿Castigado? Como me castigue, le cuento a todo el mundo donde estuvo usted anoche.

El maestro palideció; había estado de juerga con unos amigos y no quería que su mujer, a la que tenía un pánico horroroso, se enterara.

—¿Anoche? — dijo tartamudeando—. Anoche estuve viendo a un pariente enfermo...

—Sí, eso dijo usted en su casa, pero la verdad...

—¿Qué sabes tú, descarado?



—Ahora mismo va usted castigado al cuarto oscuro—di o e profesor.

—Sé la verdad: estuvo usted en la calle Mayor...

—¡Basta...!

La calle Mayor era la en que estaba la cervecería a la que habían ido a beberse unas botellas.

—¡Bien! Si no me castiga, me callaré.

—No te castigo, porque es la primera y hoy me coges de buenas, pero... Vamos a ver, ¿hay alguien que sepa la tabla de multiplicar? Pero... ¿Y mi pluma? ¿No tengo dicho que nadie me la toque de aquí, bajo peligro de muerte? A ver quién la ha cogido...

—Yo, no.

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni yo.

—No lo ha cogido ninguno; lo ha tomado su señora esta mañana.

—Eso no es verdad; en mi casa conocen mis severas órdenes para que no se toque nada mía . . .

—Pues, a pesar de las severas órdenes, su señora de usted ha cogido la pluma esta mañana para hacer la cuenta de la lavandera.

—Te digo que no es cierto; ella siempre la hace con lápiz.

—Pero esta mañana se le ha roto la punta y ha cogido la pluma de usted.

Entró el profesor en el interior de la casa hecho un energúmeno, y pronto se oyeron las voces y el eco de una disputa; al rato volvió el profesor con la cara arañada, los pelos enmarañados y . . . el palillero en la mano partido en dos. Todos se callaron al verlo y hasta el duendecillo enmudeció ante la tragedia que se adivinaba.

Algo de todo esto contaron luego los otros niños y algo llegó a oídos del padre de Bartolín, aunque confuso y desfigurado:

—Vamos a ver: ¿te han castigado a ti hoy en el colegio?

—¿A mi? No.

—Dí la verdad.

—La verdad, ¿por qué habían de castigarme?

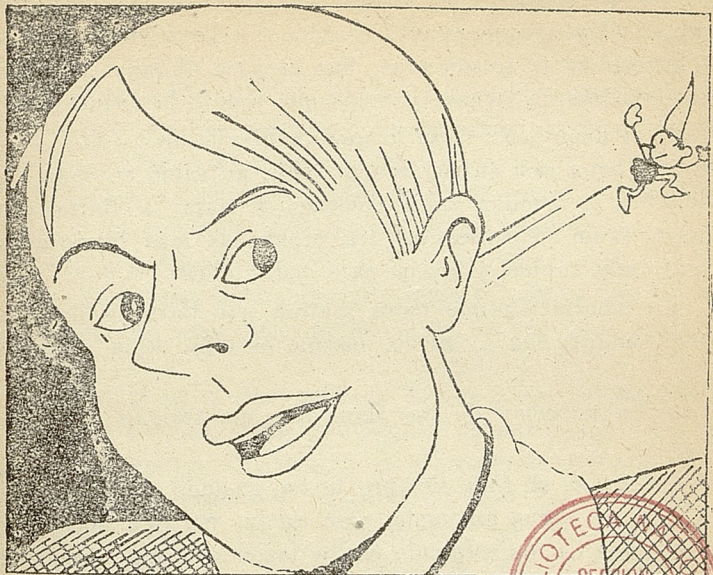
—Por no saberte la tabla de multiplicar

—Pero si me la sé admirablemente . . .

Y Bartolín la recitó de corrido.

—¿Quiere usted también la de dividir? ¿Quiere usted que le diga la historia de España entera? ¿Quiere usted la de Francia . . . ?

Y comenzó a hablar seguido, seguido y dejó a su padre desombrado de su sabiduría. ¡Qué cosa más sorprendente!



Así continuó hasta que se acabaron las vacaciones del duendecillo.



Que vinieran a decirle ahora que en el colegio habían castigado a su hijo por no saber la tabla de multiplicar; envidias y nada más que envidias. Lo mismo que las quejas del profesor, de que su hijo era un ignorante, que no quería estudiar ni sabía nada de nada. ¡Pues sí! No sabía nada y le había dicho la historia de España, con una serie de datos y fechas que ignoraba él mismo. También el profesor tenía manía a su hijo. Porque bien a las vistas estaba su aplicación y laboriosidad: los árboles por el fruto se conocen.

Pero no pararon aquí los asombros del buen señor; éstos llegaron al colmo cuando al día siguiente dijo Bartolín:

—Papá, ¿estás preocupado? ¿Es porque no encuentras agua en el pozo que estás haciendo...? Te advierto que en ese terreno no la encontrarás; haz el pozo al lado contrario, a las espaldas de la casa y verás qué pronto la encuentras.

Y el buen señor hizo lo que su hijo le aconsejaba y... encontró agua casi en seguida.. Tenía un sabio en casa, era indudable, y como a sabio comenzó a tratar a Bartolín y como a sabio le consultaba los problemas más intrincados, encontrando rápida solución para todos ellos.

La admiración que todos sentían por Bartolín iba creciendo; admiración y miedo, porque el niño decía cada cosa...

—Yo no como de ese flan; que me traigan otro postre...

—Pero si el flan siempre te ha gustado mucho...

—Y me sigue gustando, pero es que ese está hecho con la leche que ha ido sobrando en los tazones de los desayunos, y eso es una porquería.

Y es lo que decía la cocinera:

—Pero si estoy segura de que estaba sola cuando lo he hecho y además Bartolín estaba en la calle... Ese chico es el demonio.

El duendecillo se reía de la admiración que causaba Bartolín, a causa de su sabiduría inmensa. Bien sabía el duendecillo que en cuanto él se alejara, el pobre Bartolín volvería a ser un infeliz, más ignorante que un borrico. Por eso, a menudo le decía el duendecillo:

—Mira, Bartolín, sería muy conveniente que te pusieras a estudiar, porque en cuanto yo me vaya todos se burlarán otra vez de tí.

Pero Bartolín no hacía caso. Estaba muy orgulloso de su ciencia y le gustaba que lo admirasen como a un mago. Nada le agradaba más que oír decir por aquí y por allá:

—Bartolín es un fenómeno de sabiduría. Sabe todas las cosas de este mundo. No hay nada que escape a su conocimiento.

Entonces Bartolín se echaba para atrás, muy ufano, y sonreía con enorme soberbia. Lamentaba no tener bigotes para retorcérselos de puro contento.

—Yo soy Bartolín — decía en todas partes —. Soy Bartolín, el único sabio de la tierra. Y una viejecita que lo escuchaba pensó un día:

—Serás muy sabio, Bartolín, pero el caso es que tus orejas están más sucias que un chiquero. Harías bien en lavarlas.

Bartolín no se dió cuenta de lo que pensó la viejecita, de modo que continuó, muy contento su camino.

Y así continuó hasta que se acabaron las vacaciones del duendecillo, y entonces..., ante el asombro de su padre y de todos, volvió Bartolín a ser el niño ignorante que no sabía ni la tabla de multiplicar... De toda su sabiduría no quedó más que el recuerdo y... mucha suciedad en las orejas.

NO OLVIDE QUE TODAS LAS ILUSTRACIONES DE LA REVISTA GANAN MUCHÍSIMO SI UD. LAS COLOREA CON BUEN GUSTO.

El zagal y las ovejas

Apacentando un joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
“¡Favor, que viene el lobo, labradores!”

Estos abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.

Vuelve a clamar, y temen la desgracia:
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
¿Pero qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.

Entonces el Zagal se desgañita;
Y por más que pateo, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada.
Y el lobo le devora la manada.

*¡Cuántas veces resulta de un engaño,
Contra el engañador, el mayor daño!*

SAMANIEGO



¿Por qué llora Panchito?... Porque cree que Tarzán le va a pegar a Chascón. Pero eso no sucederá nunca, Panchito.

Para Colorear



*Pepito y Pepiti fueron a patinar a la montaña.
Póngales color y se sentirán más contentos.*